

cima de los árboles, y algún paredón sembrado de ventanas sin orden ni armonía,» y en las cuales, pintorescamente enlazados la naturaleza y el arte, se distingue entre las verdes hojas de atrevidas parietarias, los primores del cincel, como se distingue el calado rosetón del ábside del derruido templo, «inducen á creer—decía en 1843 uno de los más diligentes escritores burgaleses—que el monumento que á lo lejos se percibe, no es un palacio gigantesco, destituído hace muchos años de habitantes y de protección; que allí no han debido morar sino los hijos del desierto, y que siendo un monasterio, es tan difícil hallarle despojado de galas artísticas, como lo es encontrar en éstas su primitiva entereza y su esplendor» pasado (1).

Y «con efecto—prosigue,—al aproximarse, lo primero que acredita la rectitud de este juicio» es la imafrente «de la Iglesia que da frente al ocaso», y que correspondiendo al estilo de transición del Renacimiento, mientras apoyada en dos estribos lisos levanta el sencillo frontón que la corona, se muestra decorada por cuatro fenestras rectangulares, y la elegante puerta principal, destinada al uso de los fieles, que aparece enriquecida por esbeltas y abalaustradas columnas estriadas con capiteles de follaje que le flanquean; «cornisamento de poco vuelo y escasa altura, con resaltos encima de las columnas, sobre las cuales se admiraban elegantes remates de fruteros; una ojiva con molduras de Renacimiento, y un arco adintelado cobijado por ella, encuadrados entre las columnas y el entablamento; dos escudos en las enjutas con los blasones de Manrique, tres nichos sobre la cornisa con las estatuas de la Virgen en el centro, de San Miguel á la izquierda del espectador y de San Jerónimo á la derecha, las tres en sus correspondientes pedestales; y finalmente otra grande ojiva con molduraje como el de la anterior, y encerrando todo lo demás de la portada.» «Las dos ventanas

(1) D. RAFAEL MONGE, *El Monasterio de Fres-del-Val* (*Semanario Pint. Esp.*, t. de 1843, pág. 5).

más pequeñas, completamente lisas—continúa el ilustrador del presente monumento,—se abren á los lados de esta ojiva; la mayor con molduras sobre su ápice, y la menor, también lisa, en el frontón de la fachada. Coronan á éste dos estatuas que representan el misterio de la Anunciación, figurando la del ángulo de la epístola á la Anunciada, y la del contrario al arcángel Gabriel, habiendo desaparecido del vértice la jarra de azucenas que suele verse en semejantes representaciones», realizándose, por último, «cornisas de talús á diferentes alturas de los estribos, excepto en la superior, que termina en sencillas fajas horizontales» (1).

Dando vuelta á los muros del edificio, labrado de sillares, y penetrando en él por la puerta que se abre al Oriente en umbrosa y apacible plazoleta donde crecen algunos árboles, contribuyendo así al aspecto pintoresco del lugar, traspuesto el primer patio, no terminado, pues sólo de él existe un ala del estilo del Renacimiento, el deseo de gozar el espectáculo que ofrece en sus interiores recintos el derruido *Monasterio*, no permite que la atención se detenga en los tres cuerpos que le forman, de arcos adintelados el inferior, carpaneles el segundo y escarzanos el tercero, aunque algún tanto peraltados los de los dos últimos cuerpos, ni en las flordelisadas cruces de Calatrava que se ofrecen sobre las columnas del piso superior, en realzados escudos, hoy todo denegrido, llegándose por desmantelada serie de oscuros aposentos al denominado *Patio de Padilla*, donde el espectáculo que se ofrece ante los ojos no puede ser ni más desconsolador ni más triste. «El tiempo con sus lluvias, sus vientos y sus tempestades,—dice poéticamente el último de los escritores que describe esta maravilla,—ha pasado por allí como las legiones de Atila por los pueblos, sembrando la destrucción y la muerte.» «No se ve más que paredones derruidos, piedras

(1) ASSAS, *Monasterio de Fres-del-Val*, Monografía de los Monumentos Arquitectónicos de España (págs. 9 y 10).

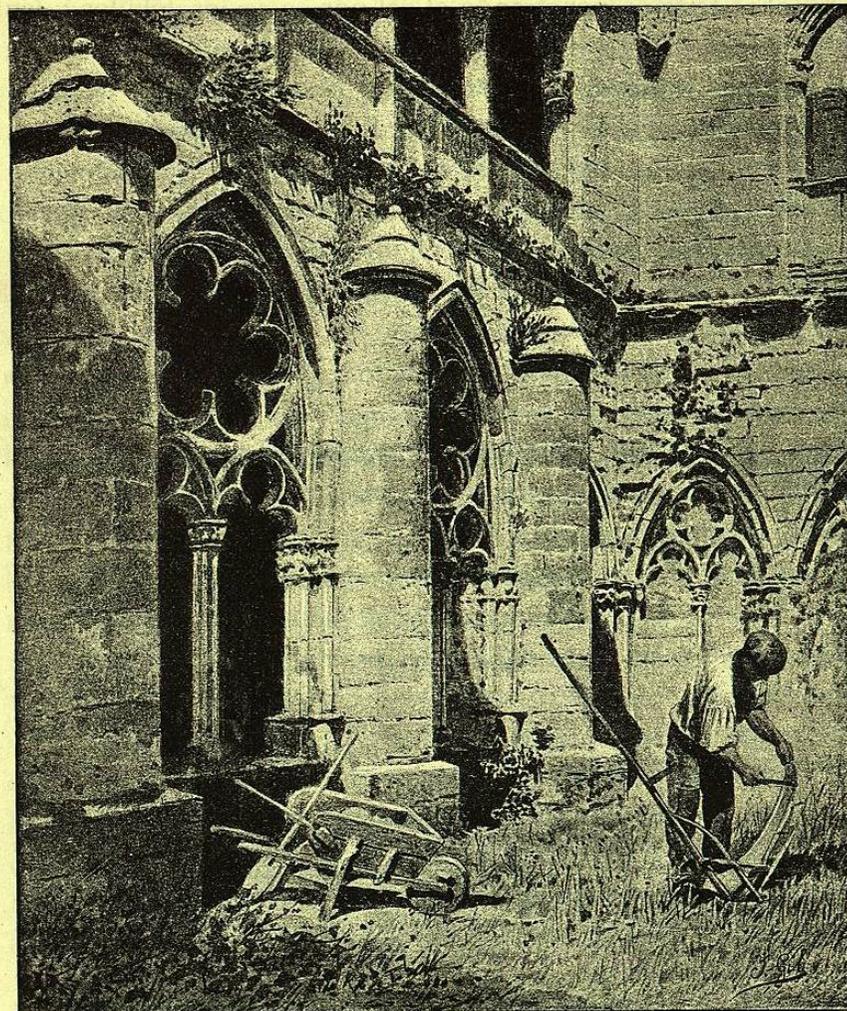
sepulcrales rajadas, blasones hechos pedazos, mutiladas esculturas, arcos rotos, carcomidos bajo-relieves y borrados epitafios.» «Y la yedra, esa obligada vestidura de las ruinas, arraiga en las grietas de las piedras, trepa por los muros y extiende sobre ellos su perenne verdura (1).» En pie se muestran, es cierto, las galerías de los dos cuerpos que le forman, compuestas por severa y al par graciosa arquería del Renacimiento; gozarse puede la belleza del *patio* en sus armónicas proporciones, en las esbeltas columnas, en los labrados capiteles, en las molduradas archivoltas y en los decorados frisos que le enriquecen; pero á través de aquellos arcos en los cuales se ostenta el blasón de los Padillas, que ha dado origen al nombre con que es este miembro del Monasterio designado; á través de aquellas destechadas galerías que se manifiestan sin apoyo alguno, perdida la trabazón de la fábrica,—se distingue la bóveda azul del espacio por cubierta, y sobre ella recortan sus líneas quebrantadas y carcomidas, en irregulares proyecciones, los manchados y amenazadores muros del arruinado edificio, como yacen en desorden lastimoso por el suelo, surgiendo por entre la silvestre y crecida hierba que brota con insultante lozanía entre los amontonados escombros, mutilados restos de los arcos y de los frisos en que resalta el distintivo emblema del Emperador Carlos de Gante, con fragmentos del tejeroz y de las gárgolas, losas del pavimento y trozos de los muros, reliquias informes que se hacinan menospreciadas en torno de la destruída fuente del centro del patio, hoy exhausta y silenciosa, pero cuyo rumor hubo de animar en otros días apacible aquellos lugares solitarios y sombríos, donde es tradición pensó en buscar asilo antes que en Yuste Carlos V (2), convidando á la meditación y al recogimiento.

Por medio de otras estancias lúgubres y abandonadas á que

(1) LLACAYO, *Op. cit.*, pág. 210.

(2) Lo mismo se asegura respecto del *Monasterio de Nuestra Señora la Real de las Huertas* en Lorca, según afirma el P. Morote en su *Antigüedad y blasones* de la indicada ciudad murciana.

da acceso estimable portada de arcos platerescos, y en pos de mal segura escalera, llégase no sin sorpresa á las galerías del



FRES-DEL-VAL.—CLAUSTRO PROCESIONAL Ó ALTO DEL MONASTERIO

claustró procesional, apellidado también *la claustra*, donde todo permanece al parecer intacto, donde la mano destructora del hombre, ayudando la del tiempo con dolorosa eficacia, no ha

llegado todavía, y donde el ánimo se recobra contemplando aquellas rasgadas fenestras ojivales manchadas de rojizas tintas que dan vida y calor al informe esqueleto del antiguo *Monasterio*, sobre todo si, penetrando el sol por entre los lóbulos y los calados rosetones que las decoran, si filtrando su luz á través de las diáfanas hojas de las enredaderas que abrazan las columnillas de los parteluces y asoman por los calados, ofrece el aspecto pintoresco con que se brindó á nuestras miradas. Compuesto de dos cuerpos de distintas épocas, corresponde el inferior al ojival florido, en sus cuatro alas apoyado por cilíndricos estribos que rematan apiramidando en redonda esfera (1), mientras el superior, acusando el predominio de las influencias del Renacimiento, se forma de arcos apainelados que corona apometado tejeroz sobre el que avanzan, alternando con las cruces de Calatrava, caprichosos imbornales. «Abierta y abocinada, en machones sesgados, con basas y capiteles aislados, corriendo el molduraje sin interrupción desde la parte inferior de los machones hasta la punta del arco», preséntase en forma ojival la *portada de procesiones* por el claustro, alzándose sobre cuatro gradas y dando paso ya á la iglesia (2), donde la escena cambia de imprevisto.

(1) «En los paños primero y segundo á mano izquierda del que entra—escribe el Sr. Monje—déjense ver cuatro hermosos ajimeces del gótico florido, con tres vanos, un rosetón en el centro, apoyado sobre dos ojivas treboladas y un arco rebajado de medio punto: el lado siguiente ofrece una ventana con tres parteluces, un rosetón de seis folios, encima de dos arcos ojivales trebolados, otros dos semejantes en dirección oblicua, y dos semicirculares en medio del ajimez. Síguense á éste tres ventanas de dos vanos, y la última es conforme á las dos que constituyen el ángulo del claustro, achaflanado por razón del estribo que, partiendo de este punto, contrarresta el empuje de la pared, estrechando considerablemente el ala» (*Sem. Pint. Esp.*, t. y pág. cit.).

(2) Aunque por extremo deformados, adviértese que los capiteles de esta *portada* se hallan historiados y que los relieves que los avaloran no carecen de mérito. El Sr. Monge, en el artículo citado, hace observar que «si la puerta y ventanas colaterales practicadas en el ala oriental [del referido claustro] son—á su juicio—muy dignas de citarse como modelos de ejecución, el *arco sepulcral* situado en el ángulo que forma ese con el paño que corre al septentrión, bien merece distinguirse como dechado entre las obras del gótico (ojival) florido.» «El arco—prosi-

Á la caliente luz de una tarde de Julio, que da tonos encendidos á aquellas ruinas, y que todo lo esclarece recortando en pronunciadas sombras las labores de los muros que se proyectan á lo largo de los desplomados sillares,—el espectáculo que se ofrece á la vista, lector, más es para sentido que para comunicado; pues con efecto, «hay una cosa más triste que la ruina de la casa, y es la ruina del templo, porque el templo es algo como el hogar de la conciencia, el refugio del espíritu, el lugar sagrado que guarda sus más íntimas creencias, sus esperanzas ultra-terrestres, sus inmortales aspiraciones, su amor imperecedero á Dios» (1): entra en aquel recinto que cubrieron gallardas las bóvedas de resaltados nervios, donde resonaron los ecos misteriosos del órgano y de las oraciones de los fieles, donde se hacinaron en revueltas y perfumadas nubes las espirales del incienso quemado en honor de Dios delante de los altares, bóvedas de las que sólo restan amenazantes algunos miembros prontos á desprenderse con doloroso estrépito; contempla aquellos muros, despojados de todo símbolo, aquellas capillas sin retablos, aquellos arcos coronados por silvestres penachos polvorientos, aquellas fenestras peregrinas y aquel bello rosetón calado que un tiempo enriquecieron historiadas vidrieras con vivísimos matices; mira bajo tus pies gemir revueltos los movidos escombros de las bóvedas que imprimen el triste sello de la desolación á aquella fábrica, y que cubren como perennal sudario las tumbas de los que yacen bajo el oculto pavimento de la iglesia! La acción del tiempo, las capas vegetales que ha ido tendiendo el viento sobre aquellas ruinas, el polen fecundante

gue—es semi-elíptico, adornado de un conopio, doble crestería cairelada, y una imagen del Salvador en el ápice de aquel: á los lados San Pedro y San Pablo, bajo filigranadas marquesinas; en el centro del arco el Descendimiento de Jesús, y bajo la punta del conopio un escudo acuartelado, contracuartelado, *primero* y *último* de Castilla y de León; *segundo* y *tercero* de Aragón partido de Sicilia; corona á la antigua, y por soporte un águila.» «La inscripción de este ilustre yacente—concluye—ha sido borrada por el tiempo.»

(1) LLACAYO, *Op. cit.*, pág. 210.

por él arrebatado, el agua que las nubes depositan, el calor sin amparo de los rayos solares, han hecho nacer la hierba entre los guijos amontonados, y allá en el sitio donde erigió el amor con presunción baldía monumentos que juzgó de eternos á la memoria de idolatrados seres,—absorbiendo la sustancia de sus cuerpos desprendida, han germinado frondosos árboles, cuyas ramas cubiertas de follaje azotan al impulso de la brisa los asombrados muros, cual si quisieran dar con ellos en tierra, para demostrar á modo de suprema enseñanza, digna de recordación entre los humanos, que al postre la naturaleza avasalla y se enseñorea poderosa de las obras creadas por el arte, alzándose sobre ellas como sobre pedestal á su inmutable gloria construído.

«No queráis preguntar á esos hendidos paredones—exclamaba en 1843 el escritor burgalés á quien antes aludimos,—ni á esos arcos que voltean sobre nuestra cabeza, ni á esas ventanas obstruídas por la hierba, ni á esos monumentos fúnebres milagrosamente conservados, que se hicieron las riquezas del santuario, el sirgo, el oro, la pedrería, las telas exquisitas con que antes se vistiera ese recinto; sus pérsicas alfombras, sus cuadros de Rafael, de Vinci ó de Murillo... no, guardáos de interrumpir el silencio de esas sombras, acostumbrado únicamente al grito plañidero de los pájaros nocturnos, y al rastrear de los insectos por los húmedos escombros hacinados bajo de vuestros pies.» «Si deseáis evadiros de melancólicas ideas, dirigid vuestra atención á la delicada escultura de esas tumbas respetables que, cual flores de un cementerio, ó como el pálido reflejo de los astros en las tinieblas de la noche, suavizan la tristura del corazón con su lánguida belleza» (1); pero ni aun aquel consuelo que era dable al viajero de entonces, es permitido al de hoy, quedando en el alma, después de contempladas aquellas solemnes é imponentes ruinas, amargo dejo que no compensa en realidad el recuerdo de los monumentos sepulcrales conservados, es cierto,

(1) DON RAFAEL MONGE, *Sem. Pint. Esp.*, t. cit., pág. 6.

en los salones del *Museo Provincial* de Burgos, donde los hemos ya examinado.

De estilo apuntado ú ojival, formada de una sola nave, «cuya planta es un paralelogramo rectangular, tan prolongado que su ancho viene á ser como el tercio de su largo,» ocupa todo el ancho de la iglesia la *Capilla Mayor*, cuadrada, abriéndose en el cuerpo de la fábrica por ambos costados otros tantos ingresos que dan paso, «el de la epístola á la gran *sacristía principal* y por ella á la *Capilla de San Juan Bautista*,» mientras por cada lado de la nave se remete otra *capilla* en el muro «tan poco, que apenas su fondo alcanza la mitad de dimensión que el vano de su entrada.» «Arrimados á los muros colaterales de la *Capilla mayor*,—escribe más adelante el Sr. Assas,—junto al testero de la iglesia *veíanse dos lechos sepulcrales con estatuas yacentes*, de caballero el uno y de señora el otro, siendo aquella la del fundador del monasterio don Gómez Manrique, y ésta la de su esposa doña Sancha de Rojas, todo de mármol blanco.» «Eran primitivamente ambos sepulcros un solo lucillo situado al pie de las gradas del presbiterio; mucho después le dividieron y trasladaron las mitades» á aquel sitio, mostrándose soportados por leones, enriquecidos de agujas decoradas con efigies bajo sus respectivos doseletes, tracerías, franjas y otros exornos y reposando las estatuas sobre el lecho, lujosamente vestida la de doña Sancha, y don Gómez «con la ropa, collar y tocado, á manera de turbante, de la orden de caballería apellidada *del Grifo*, ó *de las Azucenas*, ó *de las Jarras de Santa María*, restablecida á la sazón por don Fernando de Antequera» (1). «Dentro de la

(1) Los lectores que lo desearan, pueden respecto de esta orden consultar el artículo que con el título de *Institución de la orden de la Terraza*, llamada también *de la Azucena*, publicó en el *Semanario Pintoresco Esp.* del año de 1846 el diligente don Rafael Monge (pág. 5), refiriéndose al lucillo de don Gómez Manrique. Assas (Monogr. cit.) escribe que el collar se compone «de varias *jarrilas* rodeando estrechamente el cuello del traje talar, y de un *grifo* colgado de dos cadenitas y teniendo entre sus cuatro garras una *filateria*, ó sea hoja de papel ó pergamino medio arrollado.»

misma *Capilla mayor*, cerca del medio lucillo de don Gómez y adherida al muro del costado de la epístola,» ostentábase la suntuosa sepultura de Juan de Padilla, que excita la admiración de los entendidos en el *Museo* burgalés, y en el muro de enfrente, laboreada lápida sepulcral ofrecía la memoria de ciertos individuos de la familia del fundador, fallecidos ya mediada la XVI.^a centuria (1).

Piadosa tradición con toda diligencia recogida por el historiador de la orden de San Jerónimo, el P. Fr. Josef de Sigüenza, dió como á tantas otras fábricas religiosas de los tiempos á que aludimos, origen á este *Monasterio de Fres-del-Val*, asegurando que desde los días de Recaredo existía en el Val una imagen de la Madre del Redentor, muy reverenciada hasta el desastre del Guadalete, la cual había subsistido después de la invasión musulime, llegando á los días de don Alfonso XI en que el espacioso templo donde se conservaba, llegó á punto de inminente ruina; fué aquella, ocasión en la cual hubo de aparecerse la Virgen á cierto labrador de Modubar de la Cuesta, á quien mandó visitar la iglesia y amonestar con varios milagros á los habitantes de los lugares vecinos para que la reparasen, como efectivamente se ejecutaba, si bien, por la exigüidad de los fondos reunidos, se redujeron las proporciones del templo, convirtiéndose en ermita. Movidó por la devoción á aquella santa imagen, el Adelantado Mayor de Castilla en los reinados de Enrique II y Juan I, don Pedro Manrique *el Viejo*, señor del Val, instituía más tarde cierta cofradía; y como hubiera fallecido sin legítimos sucesores, mientras le here-

(1) El indicado epígrafe, que revela únicamente la perseverancia de la familia del fundador en favorecer el *Monasterio*, carece de interés y dice en las nueve líneas de que consta: AQVI JAZEN LOS CVER-POS DE LOS ILLVSTRISIMOS || SEÑORES DON JVAN DE PADILLA I DON GOMEZ MANRIQVE SV || HERMANO COMENDADOR DE LOPERA, HIJOS DE LOS ILLVSTRISI || MOS DON ANTONIO MANRIQUE ADELANTADO MAYOR DE CAS || TILLA I DE DOÑA LVISA DE PADILLA SV MVGER I HERMANOS DEL || ILLVSTRISIMO SEÑOR DON MARTIN DE PADILLA ADELANTADO || MAYOR DE CASTILLA. FALLESCIERON EL DICHO DON JVAN DE PA || DILLA A BEINTE Y OCHO DE OTVBRE DE 1563 AÑOS I DON GOMEZ || MANRIQVE A BEINTE Y VNO DE AGOSTO DE 1572 AÑOS.

daba en el Adelantamiento su hermano don Diego Gómez, habiendo dejado el don Pedro un hijo bastardo, llamado don Gómez Manrique, nacido en 1356 y educado en la corte del sultán de Granada á quien había sido cuando niño entregado en rehenes con otros caballeros, como hubiese en la edad viril abjurado el islamismo por él un tiempo profesado, sus tíos y el rey don Juan, cuidaron de que le fuera adjudicada la herencia de su padre, dándole además en matrimonio á doña Sancha de Rojas, hija del Merino Mayor de Guipúzcoa Ruy Díaz de Rojas y discerniéndole por último el Adelantamiento de Castilla, vacante por la muerte de su tío don Diego.

La especial devoción que tuvo siempre á Nuestra Señora de Fres-del-Val, y la milagrosa cura que por intercesión de ella conseguía su hija primogénita doña María, niña á la sazón de seis á siete años (1), determináronle á habitar el mayor tiempo posible al lado de la santa imagen, construyendo allí un palacio el año de 1400 en el terreno que ocupaban algunos vetustos edificios. La prodigiosa intervención de la Virgen, que le libraba durante el feliz asedio de Antequera de una muerte segura, y el efecto que en el ánimo de don Gómez produjo la comunidad de Jerónimos del Monasterio de Guadalupe, cerca de Cáceres, donde después de aquella venturosa empresa fué á dar gracias á la Virgen,—determináronle á fundar en Fres-del-Val para honra y asistencia de la venerada imagen un monasterio de aquella orden, como efectivamente lo verificaba en 1404, haciéndole cuantiosas donaciones y construyendo á sus expensas el claustro procesional, con todas las habitaciones de la parte superior, el refectorio y algo de la Capilla de San Jerónimo en el mismo, destinada después á sala de Capítulo, demás de la iglesia,

(1) Refiérese con efecto, que habiendo adolecido doña María de grave enfermedad que le privó del habla y no hallando auxilio ni remedio en la medicina, sus padres recurrieron á Nuestra Señora de Fres-del-Val, obrándose entonces la maravilla de que á la presentación de la enferma, recobrase ésta la salud y el habla.